

**En los últimos diez años**, he vivido en más de veinte diferentes apartamentos, casas, cuartos de alquiler o sofás prestados en siete ciudades diferentes y seis estados, en todas las regiones de los Estados Unidos.

Como muchos estadounidenses, nací en el extranjero. Además, crecí en el Sudeste, llegué a la mayoría de edad en el Noreste, sobreviví a dos inviernos en el Centro Oeste del país, me rompieron el corazón en el Sudoeste y me recuperé en el Noroeste. He vivido tan cerca de la frontera que solía conducir hasta México para cortarme el cabello, y tan lejos de ella como para recibir miradas de desconfianza de tenderos blancos, que me seguían con los ojos por todos sus negocios, temerosos de que pudiera robarles algo. Viví en un rancho apacible de Iowa rodeado de campos de maíz y, dos años después, en un departamento miserable y tugarizado de Oakland, donde cada veinte minutos pasaba el tren, acelerando a toda prisa rumbo a San Francisco, y sacudía hasta sus cimientos la desvencijada casita de dos pisos. Viví en la ciudad de Nueva York en la época en que era posible comprar una bolsa de marihuana en cualquier bodega de Manhattan, y bailé maníaticamente en conciertos de rock celebrados en los campos fangosos y anegados del viejo hipódromo de Birmingham, Alabama.

Hay cosas que no se olvidan: el primer día de primavera en Chicago, cuando el invierno afloja y las muchedumbres se desbordan hacia las orillas del lago Michigan para broncearse. O una noche de karaoke en el casino de una reservación indígena a una hora de Tucson, donde las viejas señoras mexicanas juegan al tragamonedas de cinco centavos entre canciones, mientras sostienen un trago en la mano y rezan por la buena suerte.

He conducido a través de los Estados Unidos dos ocasiones, una de ellas a través de Oklahoma luego de una gran inundación, con el río desbordado más allá de sus riberas y el agua sucia bordeando la autopista.

He jugado un torneo de fútbol en una base del Ejército en Texas, en el que perdí vergonzosamente y me senté en el pasto reseco, sudando, llorando, con la certeza de que el calor me mataría.

He dormido borracho en la banca de un parque en Nueva Orleans, y he salido al amanecer de un club de jazz de Nueva York

sólo para descubrir que había nevado mientras estaba dentro.

He perdido la cuenta, pero calculo que hasta ahora debo de haber visitado treinta de los cincuenta estados y, excepto por mis primeros tres años en el Perú, la temporada que pasé en África y, más o menos, un año de vuelta en Lima, he vivido en los Estados Unidos toda mi vida.

Todo esto es para decir que desconozco por completo este lugar. Adonde quiera que uno vaya en los Estados Unidos, no importa cuánto uno se aleje de los centros urbanos, siempre verá allí el resto del mundo.

Este país es gigante. Cincuenta estados ridículamente grandes. Un país con esteroides; una nación multilingüe y multicultural, narcotizada con dosis casi fatales de televisión, golosinas y dinero, y sostenida –apenas– por una esperanza inmensa e imperecedera. Un país que va a la guerra simplemente porque puede hacerlo. Que compra a sus enemigos y los seduce con su prosperidad. No existen muchas naciones tan grandes como para alojar los sueños de tantos; y cada día hay menos gente en este planeta que no esté conectada de alguna manera u otra, para bien o para mal, a este gigante del norte. Sea debido a Hollywood, o a la atracción de la inmigración, o a la presencia de los soldados estadounidenses en territorios extranjeros, o simplemente al comercio de las transnacionales: hay una imagen de estos cincuenta estados grabada en la imaginación del mundo. Mientras más viajo, esto se vuelve más claro: conoces a un jordano que tiene una prima en Los Ángeles, o a un uruguayo que estudió en Ohio, o al nieto de un ganadero vasco en Nevada. En todos los continentes, en todos los idiomas, las personas hablan sobre la política estadounidense como si ésta afectara sus vidas. Y tienen razón: las afecta. Estos cincuenta estados pueden estar habitados por estadounidenses, pero son la propiedad espiritual y emocional del mundo entero.

Hace unos años, yo vivía en Arizona cuando descubrí un restaurante de comida tailandesa alojado en un viejo local de parrilladas del sudoeste. En su interior, una pared estaba decorada con una inmensa pintura del Gran Cañón, pero con un matiz especial. La familia tailandesa que administraba el local le había añadido su toque particular: templos budistas y dramáticos dragones enroscados en medio del austero y

desértico paisaje. Me tomó casi todo el tiempo que pasé allí comiendo darme cuenta de lo que habían hecho y, cuando lo hice, estuve muy cerca de llorar. Sorprendente, hermoso. Así el mundo reclama su territorio, parte por parte, un paisaje, un panorama, un estado a la vez.

**Daniel Alarcón**  
Lima - 77

**Los**  
**50**  
**estados**  
**te**  
**pertenecen**